

Un emisario sospechoso

Contradicciones del anticomunismo en América Latina en la década de 1950

(A messenger suspect. Contradictions of the Anti Communism in Latin America at the Fifties)

Juan Alberto Bozza

FPyCS, FaHCE, UNLP.

Profesor Adjunto de Historia Argentina Contemporánea, FPyCS (UNLP);
Investigador del Proyecto “Sociedad y política en Argentina (1955-1976): la ‘nueva izquierda’ entre la protesta social y la política revolucionaria”.

Autor de “Una voz contra los monopolios. CGT, el semanario de la CGT de los Argentinos”, en *Oficios Terrestres* n° 25.
albertobozza@speedy.com.ar

Resumen

Tras la segunda posguerra, el debate de ideas en Latinoamérica fue impregnado por las proyecciones de la guerra fría. Este trabajo analiza la actividad de instituciones y publicaciones que propagaron la recusación de la influencia del comunismo en la vida política y en la producción cultural de la región. Aborda la prédica de la revista *Cuadernos*, creada en 1953 por el Congreso por la Libertad de la Cultura (CLC), la entidad fundada y financiada por la CIA el 27 de junio de 1950, que emprendió una cruzada cultural contra el desafío bolchevique en Europa y en América Latina.

El artículo identifica a los principales mentores del proyecto; describe la crítica a la naturaleza totalitaria de la URSS y el cuestionamiento a los intelectuales filocomunistas; además de señalar las ambigüedades e inconsistencias de su perspectiva liberal para posicionarse frente al militarismo latinoamericano apañado por los Estados Unidos.

Palabras clave

Cuadernos - Congreso por la Libertad de la Cultura - anticomunismo - totalitarismo.

Abstract

After the Second War, the debate of ideas at Latin American nations was conditioned for the Cold War atmosphere. This work analyses the activities of institutions and publishers that attack the influence of communism over the politic and cultural life of many countries. It approaches to the thought and initiatives of *Cuadernos*, revue created in 1953 by the Congress for Cultural Freedom (CCF), the institution founded by the CIA at 27th June of 1950. The purpose of *Cuadernos* was display an anticommunist crusade at European and Latin-American culture.

This article identifies the main members of the project; then it describes the *Cuadernos*' critic to Russian Totalitarianism and to their road intellectuals' companions. Also, it regards the ethics and politics contradictions of this liberal perspective to explain and justify the Latin American military regimes supported by USA Governments.

Key words

Cuadernos - Congress for Cultural Freedom - anticommunism - totalitarianism.

Introducción

Tras la segunda posguerra, el debate de ideas en Latinoamérica fue impregnado por las proyecciones de la guerra fría. El objeto de este artículo evoca la actividad de instituciones y publicaciones que impugnaron la influencia del comunismo en la vida política y en la producción cultural de la región. Aborda los proyectos de aquella naturaleza emanados del Congreso por la Libertad de la Cultura (CLC), la entidad creada y financiada por la CIA el 27 de junio de 1950, que emprendió una cruzada cultural contra el desafío bolchevique en Europa y en América Latina.¹

Los objetivos de la *batalla por las ideas* apuntaban a la contención y al descrédito del comunismo, al que se asimilaba a una amenaza totalitaria sobre el mundo libre, la comunidad de naciones que reconocían el liderazgo de los Estados Unidos y participaban en las organizaciones internacionales que cristalizaron dicha hegemonía. La importancia asignada a esta misión y el caudal de recursos financieros vertidos sobre sus eventos e instituciones homologan esta iniciativa a un *Plan Marshall* para sufragar la cultura en Europa Occidental y en Estados Unidos prioritariamente, pero luego, también, para América Latina. Es del interés de este artículo, analizar la *recepción* de este programa entre intelectuales y escritores latinoamericanos que las asumieron como insignias de un compromiso ético y político, y como expresiones de la libertad y de la independencia de su pensamiento; incluso pensando este desafío desde la perspectiva de una izquierda antitotalitaria.

La exposición de los contenidos está estructurada en dos partes. En la primera, se describen las circunstancias en que fue creado el CLC, sus miembros fundadores y las actividades culturales para contrarrestar la influencia comunista en Europa y la que mantenían sobre las letras y artes en América Latina. A continuación, analiza el papel jugado por la revista *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura (CCLC)* como herramienta de la guerra fría cultural. Describe el rol que en ella tuvieron exiliados antifranquistas españoles y pensadores que alegaban pertenecer a una

¹ El CLC nació como reacción al *Congreso Mundial por la Paz*, un prestigioso foro de artistas e intelectuales propulsado, desde 1948, por el movimiento comunista y la URSS. En su desarrollo, el CLC se convirtió en una plataforma de atracción de figuras del campo científico y artístico que difundieron la superioridad de los valores éticos, políticos y estéticos de Occidente por sobre los del adversario soviético. Creada el 26 de julio de 1947, la CIA contaba con amplias atribuciones y un abultado presupuesto, que le permitieron incrementar su activo con radioemisoras, revistas, periódicos, compañías de seguros, propiedades inmobiliarias, compañías de aeronavegación, y una vasta red de institutos y fundaciones, a través de las cuales financiaba sus actividades encubiertas (Stonor Saunders Frances, 2003: 56 y ss. Selser, Gregorio, 1967: 66).

izquierda democrática; registra los tópicos más significativos de su cruzada en los campos de la política y la cultura latinoamericanas y reflexiona sobre los escollos, contradicciones y rechazos que su prédica suscitó en la región.

El Congreso por la Libertad de la Cultura

Al finalizar la segunda guerra, el influjo cultural del movimiento comunista creció en Europa occidental. En países como Francia e Italia, la producción de sus militantes y simpatizantes era gravitante en diversas manifestaciones del campo cultural. La aparición del Congreso Mundial por la Paz, en 1948, era una de las expresiones de aquella vitalidad.² Semejante propagación se tornó un motivo de honda preocupación para las agencias y organismos que dependían del gobierno de los Estados Unidos, especialmente la CIA y sus “tapaderas”. Según la Agencia, el derrocamiento del comunismo implicaba “una batalla de las ideas” que, incluso, requería del uso de “mentiras necesarias”. Aunque también se ha considerado la aparición del Congreso como el fruto de una toma de conciencia de intelectuales de la posguerra ante el peligro de las nuevas formas del totalitarismo.³ Conociendo el patrocinio de la *Agencia*, una red de intelectuales, programadores de los servicios secretos, empresarios periodísticos, abogados de grandes bufetes, hombres de negocios y administradores de fundaciones participaron en estas operaciones. Las críticas contra la URSS y el estalinismo alimentaron el caudal de “desengañados” que se plegaron a una organización alineada con “defensa de la libertad”. Ex comunistas, socialdemócratas e izquierdistas no estalinistas (*Non comunist left*, en la jerga de la CIA), ocuparon un espacio privilegiado para estos menesteres y fueron recibidos con entusiasmo por la *Agencia*.⁴ La cantera

² En años posteriores pasaría a llamarse Consejo Mundial de la Paz.

³ Stonor Saunders comparó a la CIA como un “Ministerio de Cultura” de Estados Unidos, en los primeros años de la posguerra. Stonor Saunders, Frances, “Todos saben...”, abril de 2003, 12. El equipo que diseñó el programa cultural de la CIA estaba formado por agentes como Michael Josselson, Thomas Braden, Charles Bohlen, Stewart Alsop, William Bundy, John Hunt, L. De Neufville, el periodista Melvin Lasky, el crítico de arte y músico Nicolás Nabokov, entre otros. Para Wilford, fue la necesidad de frenar la política cultural del Kominform, la que impulsó a la CIA a crear el *CLC*. Wilford, Hugh, 2003, 102. Scott Smith sostiene que el origen del congreso está más bien relacionado con la toma de conciencia de los escritores frente al emergente totalitarismo estalinista (Scott Smith, Giles, 2002: 160-164).

⁴ Las revelaciones de los crímenes de Stalin y la invasión soviética de Hungría, en 1956, fueron, entre otros, episodios que alentaron la decepción de numerosos intelectuales comunistas y su posterior conversión en adalides del capitalismo liberal. La incorporación más rutilante fue Arthur Koestler, el escritor húngaro ex comunista. Su libro *El cero y el infinito* deslumbró a los operadores de la CIA. ¿Quién mejor que un ex comunista para denunciar al *totalitarismo marxista*? Fue el mentor de la compilación *The God That Failed*, compendio de artículos que desnudaban el “fracaso” del comunismo. Stonor Saunders, F., *La CIA...2001*; 94 a 96.

intelectual americana, proveniente de dichas raíces, fue el núcleo inicial de la cofradía: el profesor de filosofía de la Universidad de Nueva York Sidney Hook⁵; los historiadores Arthur Schlesinger Jr. y George Kennan (embajador en la URSS y arquitecto del Plan Marshall); el poeta Robert Lowell; el filósofo e historiador Isaiah Berlin; los politólogos Daniel Bell, Walter Lippman y James Burnham; el equipo editor de la *Partisan Review*; los periodistas y críticos Melvin Lasky y Dwight Macdonald; el crítico de arte y hombre polifuncional de la *Agencia* Nicolás Nabokov; la escritora Mary Mc Carthy, entre otros.

La revista alemana *Der Monat*, dirigida por Lasky, fue el puente entre los intelectuales norteamericanos y europeos consubstanciados con el proyecto cultural de la CIA. La artillería de este *brain trust* apuntó al Congreso Mundial por la Paz, convocado en París, en abril de 1949.⁶ La iniciativa utilizó los fondos del Plan Marshall y organizó en París el Día Internacional de Resistencia a la Dictadura y a la Guerra, el 30 de abril de 1949. Aunque los pronunciamientos contra el régimen soviético fueron altisonantes, la conferencia no pudo revertir el antiamericanismo latente en los ámbitos culturales franceses.⁷ El programa se reinició en un escenario más hospitalario.

Berlín fue la sede escogida para una nueva convocatoria de los intelectuales del *mundo libre*. El foro fustigó a los intelectuales franceses que, alegando un pretendido neutralismo, se negaban a atacar a la URSS, como Sartre y Merleau-Ponty. El fruto más perdurable fue la fundación, en junio de 1950, del Congreso por la Libertad de la Cultura.⁸

Allen Dulles y la CIA prestaron un holgado soporte operativo y financiero para el Congreso; designaron como director a James Burnham, un eminente intelectual con

⁵ El filósofo S. Hook, discípulo de J. Dewey, provenía del trotskismo neoyorquino. Expuso al gobierno norteamericano su programa de una izquierda internacional no comunista; allí distinguía y ponderaba una izquierda herética (el marxismo) contra la izquierda comunista (el movimiento leninista). Dicha confusión entrañaba un peligro para la cultura. Hook, Sydney, 1950; 123 (Coleman, 1989: 4).

⁶ Organizado por Louis Aragón, asistieron I. Ehreburg, Paul Robeson, Howard Fast, Pietro Nenni, y. Chaplin envió un mensaje de apoyo. .

⁷ La conferencia fue promovida por el escritor socialista francés Denis Rousset. Entre otros concurren Julian Huxley, I. Silone, Carlo Levi, el historiador Franz Borkenau, etc.

⁸ Las riendas de la CIA parecían evidentes hasta para los más incautos de los asistentes. El historiador Trevor Ropper confesaba: "Cuando llegué vi que todo había sido orquestado a una escala tan grande... desde el punto de vista financiero, tenía que estar apoyado por alguna poderosa organización gubernamental... había sido organizado por el Gobierno estadounidense" (Stonor Saunders, 2001:122). Acerca del patrocinio de la CIA sobre el Congreso, ver: Gremion, Pierre, *Berlin 1950...*, 1986; p. 22, e *Intelligence...*, 1995, p. 145; Coleman, Peter, *The Liberal...*1989, p. 40-43 y 85. Coleman fue miembro de la filial australiana del CLC.

pasado en la extrema izquierda americana.⁹ Su manifiesto convocaba a distinguidos intelectuales a sumarse a la campaña antisoviética. Bertrand Russel respondió a la convocatoria, aunque desertó en 1956, cuando inició su compromiso pacifista y antinuclear. La presidencia honoraria le fue ofrecida a Benedetto Croce, enaltecido como símbolo de la resistencia a Mussolini. Debido a su muerte, fue reemplazado por el filósofo e historiador español Salvador de Madariaga¹⁰. El Congreso exhortaba a los intelectuales aliados a manifestar un apoyo “independiente” a los lineamientos de la política exterior de los Estados Unidos y al Movimiento Europeo para alistarse en tal estrategia, concretada con la creación de la OTAN. Un departamento de la CIA, creado en 1950, la División de Organizaciones Internacionales (IOD), ofrecía al Congreso una sólida base institucional.¹¹

El CLC recibió una generosa distribución de fondos de las asignaciones del Plan Marshall por parte de la CIA. El dispositivo de financiación era elusivo e intrincado. Las sumas eran transferidas a través de fundaciones que, frecuentemente, estaban asimiladas por la CIA o colaboraban con sus proyectos internacionales. La principal “tapadera” era la Fundación Fairfield, en cuyo consejo administrativo había figuras del *big business*, de la industria, del comercio y altos funcionarios gubernamentales que actuaban como mecenas de varios emprendimientos artísticos.¹² Siguiendo este modelo, la CIA organizó una red de grupos privados, a quienes consideraba parte de un “consorcio” o coalición cultural; mantenían exteriormente el status de organizaciones privadas, pero tenían un compromiso íntimo con los proyectos de la *Agencia*. El director

⁹ Burnham había militado, en su juventud, en organizaciones trotskistas, junto a otros futuros ideólogos del capitalismo como Sidney Hook, Daniel Bell e Irving Kristol. Incursionó en la historia y en la ciencia política aplicada, en obras destinadas a instruir a los agentes de la CIA sobre temas referidos a la conquista del poder. Su libro *Los maquiavelistas*, adoptó las nociones de politólogos de la derecha europea, como V. Pareto, G. Mosca, G. Sorel y R. Michels, quienes recusaban las teorías defensoras del igualitarismo. Stonor Saunders, F., *La CIA...*, 2001; 131. Boneau, Denis “*Cuando la CIA...*”, 2005: 14-25.

¹⁰ Madariaga fue un historiador y político liberal, exiliado en Londres, de gran reconocimiento internacional. Autor de *España, ensayo de historia contemporánea*; sus biografías sobre *Colón*, *Cortés* y *Bolívar* tuvieron amplia circulación. En la temprana posguerra se alineó con el anticomunismo y fue presidente de la Internacional Liberal. Murió en Suiza, en 1978. Otros intelectuales que respondieron a la convocatoria fueron Karl Jaspers, J. Maritain, John Dewey, Isaiah Berlin, Denis de Rougemont, el poeta disidente polaco Czeslaw Milosz, etc.

¹¹ A. Schlesinger admitía la digitación de la CIA: “Yo sabía... que la primera reunión del Congreso por la Libertad Cultural fue pagada por la CIA. No parecía descabellado ayudar a las personas que estuvieran de nuestro lado. De todos los gastos de la CIA, el Congreso por la Libertad Cultural fue el que más mereció la pena y el que más éxito tuvo” (Stonor Saunders, 2001: 135).

¹² Un ex integrante de la Compañía señalaba: “La Fundación Fairfield era una fundación de la CIA y había muchas fundaciones de su tipo... Nos dirigíamos a algún millonario conocido de Nueva York y le decíamos: Queremos crear una fundación, y le decíamos lo que intentábamos hacer y le hacíamos prometer que guardara secreto...” (Stonor Saunders, 2001: 182).

Allen Dulles fue promotor del *consorcio*, donde se integraron la Fundación Kaplan, el Comité por una Europa Libre, Radio Europa Libre, la Cruzada por la Libertad,¹³ etc. En este entrelazamiento de líderes del mundo de los negocios y de la política, no faltaban grupos editores (Harper Brothers), organizaciones profesionales, patronales y sindicales¹⁴, volcadas a socorrer diversos eventos artísticos, instituciones de investigación, universidades, publicaciones, etc. El óbolo del consorcio también se diseminaba en investigaciones de las ciencias sociales, sostenidas por entidades que se ufanaban en sostener su independencia interpretativa.¹⁵ La Fundación Rockefeller¹⁶ (fundada en 1913) ofició como diligente colateral de la guerra cultural. Su incidencia en el MoMA hizo de este museo un activo propulsor de exposiciones que celebraban el “arte libre” como antítesis de las corrientes figurativas y realistas identificadas con las sociedades totalitarias. Otro colaborador destacado fue la Fundación Ford (fundada en 1936), en cuyo directorio circularon representantes del establishment económico y político comulgante con el espíritu de cruzada de la Guerra Fría. Sus recursos socorrieron a numerosos artistas y escritores y a publicaciones emblemáticas del Congreso. El CLC creó oficinas, instituciones adscriptas y revistas en varios países.¹⁷ La publicación insignia fue la británica *Encounter*, creada en 1953, y convertida en la espada cultural más filosa del anticomunismo. Los aportes de la CIA y del servicio secreto británico (IRD) sostuvieron su larga vida. La estrecha alianza angloamericana se acrisolaba en la elección de sus directores: el politólogo Irving Kristol y el escritor inglés Stephen Spender¹⁸. Postulaba la alineación directa de la cultura europea con la política internacional de los EUA. Ensimismada en el combate contra la censura

¹³ La radioemisora se fundó en Berlín, en 1950; tenían 29 emisoras y transmitía en 16 idiomas. La *Cruzada* era la encargada de recaudar fondos para el CNEU. El joven actor R. Reagan fue su portavoz. Según Stonor existían 170 fundaciones que realizaban el financiamiento encubierto. Op. cit., p. 194

¹⁴ Irving Brown fue el enlace del sindicalismo conservador norteamericano (AFL/CIO) con la CIA, en la Europa de la posguerra. El dinero de la *Compañía* financiaba a instituciones sindicales anticomunistas.

¹⁵ La Cruzada por la Libertad patrocinaba a la revista *History*, publicada por la Sociedad de Historiadores Americanos. La independencia cultural de la revista era apoyada por patrocinadores como D. Eisenhower, Allen Dulles y Henry Luce. Stonor Saunders F., op. cit., 197.

¹⁶ Además de engendrar el prototipo del magnate, el clan Rockefeller desarrolló el mecenazgo sobre las artes y prodigó funcionarios del gobierno norteamericano. Nelson fue designado titular del Consejo Nacional de Seguridad por Eisenhower, en 1954.

¹⁷ En Francia fundó la revista *Preuves*; el órgano de difusión que se proponía destronar a los intelectuales de la *rive gauche*, representados por *Les Temps modernes*. En Italia creó la Asociación Italiana por la Libertad Cultural y la revista *Tempo Presente*, dirigida por Ignazio Silone y Nicola Chiaromonte. En Inglaterra creó, en 1951, la Sociedad Británica por la Libertad Cultural, en colaboración con el poeta T.S. Eliot, I. Berlin, sectores de la BBC y con el dirigente laborista R. Crossman; la revista *Twentieth Century* se lanzó a desafiar a la progresista *New Stateman and Nation*, y más tarde financió a la revista *Encounter*.

¹⁸ Con un periplo ideológico similar al de su colega norteamericano, Spender había militado en el partido comunista británico. *Encounter* recibió la colaboración de R. Aron, Isaiah Berlin, Trevor Ropper, Arnold Toynbee, B. Russell, H. Read, entre otros.

soviética, *Encounter* no denunció las persecuciones del maccarthismo sobre escritores y artistas en Estados Unidos. Por el contrario, impulsó una campaña sosteniendo la culpabilidad del matrimonio Rosenberg –finalmente ejecutado el 19 de junio de 1953, durante el gobierno de Eisenhower–, y atacando a la petición de indulto promovida por varios intelectuales, entre ellos Sartre. La rigidez ideológica impregnó y condicionó los pronunciamientos y la conducta de prestigiosos “intelectuales libres”. Sidney Hook y Daniel Bell también se negaron a denunciar la *cacería de brujas* como un ataque a la “libertad cultural”.¹⁹

El Congreso por la Libertad de la Cultura se propuso integrar a los intelectuales latinoamericanos a la cruzada doctrinaria contra el comunismo. La revista *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura* (CCLC) fue creada para dar cumplimiento a tal propósito. Con esta decisión, la estrategia cultural del gobierno de Estados Unidos, canalizada por el CLC, escogía a los intelectuales –una elite letrada claramente visible en América Latina en los cincuenta–, como actores estratégicos de la conformación y orientación de la “opinión pública”. Sin embargo, conviene proyectar una mirada más abarcadora sobre dicho proceso. El lanzamiento del CLC era una pieza de un amplio repertorio de acciones e instituciones promovidas durante la contienda bipolar. En efecto, la injerencia cultural norteamericana para América Latina no se reducía a interpelar, exclusiva ni prioritariamente, a las relevantes personalidades de la “república de las letras”. Tuvo un radio de acción mucho más extendido y estuvo dirigida a sectores masivos de la opinión pública, proyectando valores y estilos de vida a través de fenómenos de enorme envergadura y penetración como, por ejemplo, las *industrias del espectáculo y del entretenimiento*, entre las cuales cumplieron un papel destacado las producciones cinematográficas.²⁰ Los dispositivos anticomunistas para esta región también se destinaron a otras instituciones que, alejadas del selecto mundo de la *ciudad letrada*²¹, representaban los intereses de actores sociales de mayor arraigo y potencialidad para la acción política, como los sindicatos latinoamericanos. Paralelamente al proselitismo del CLC, el gobierno norteamericano contó con eficaces

¹⁹ El itinerario intelectual de Bell fue sintomático de la época. Nacido en la izquierda radical, el laureado académico de Harvard devino en ideólogo de la administración de Eisenhower: en *El fin de las ideologías* afirmaba que la sociedad norteamericana representaba la etapa definitiva del desarrollo histórico de la humanidad; afirmaciones que se adelantaron en más de 30 años a los argumentos de Francis Fukuyama. Borón, Atilio, “La pregunta de Rousseau”. En *Página 12*, 8 de julio de 1990. Bell fue uno de los más dinámicos directores y organizadores de cursos y seminarios del CLC en la década del 60.

²⁰ Incluso con anterioridad de la guerra fría, como lo prueba la película “Los tres caballeros” que los estudios Disney produjeron en 1944 para el público masivo de América Latina (Eliot, 1993: 65).

²¹ El concepto fue acuñado por el crítico uruguayo Ángel Rama. *La ciudad...*, 1984, p. 14.

herramientas, como la American Federation of Labor (AFL), Organización Regional Interamericana del Trabajo (ORIT), el Instituto Americano para el Desarrollo del Sindicalismo Libre (AIFLD), la CIA, y con programas, cursos, subsidios y otros instrumentos, capaces de penetrar y cooptar a dichas organizaciones y persuadirlas para a asumir un activo compromiso comunista. Los intelectuales latinoamericanos no fueron los únicos interlocutores de la estrategia cultural de la guerra fría norteamericana.²²

El Congreso en América Latina

Las asociaciones locales

La inserción del Congreso por la Libertad de la Cultura en América Latina afrontó más escollos que en Europa. La tarea de atacar a la influencia comunista en los círculos culturales suscitó desconfianza y firmes rechazos por parte de prestigiosas figuras del quehacer literario y artístico. La apología realizada a las estrategias internacionales de los gobiernos y al modo de vida norteamericanos, además de la presunción de que el organismo matriz era sufragado por los órganos de inteligencia de Estados Unidos —el “imperialismo” responsable de varias intervenciones armadas y reaccionarias en el continente—, fueron lápidas difíciles de remover. En verdad, el “antinorteamericanismo” en el mundo intelectual latinoamericano tenía raíces muy profundas. Se hundían en los años finales del siglo XIX y al comienzo del XX. Sucesos como la guerra hispano norteamericana por Cuba, en 1898, habían demostrado las brutales potencialidades expansionistas yanquis, confirmadas con la ocupación de la isla, de Puerto Rico, Filipinas y Guam. José Martí lo había descripto, en 1889, con una prosa tan precisa como profética, al denunciar las pulsiones anexionistas sobre Cuba y otras naciones de las elites políticas norteamericanas, a las que describía como corrompidas por un “individualismos excesivo”, por la “adoración de la riqueza” y por “un apetito inmoderado de poder” (Martí, 1963). En un registro más metafísico y sombrío, José Enrique Rodó veía en la gran confederación del norte a la encarnación de un utilitarismo descarnado, que estaba perpetrando una “conquista moral” de América Latina, contra la que urgía resistir.²³ En el segundo decenio del siglo XX, José Ingenieros (1962: 217) y

²² Numerosas fuentes e indagaciones ilustran estas políticas. Agee, Philip, *CIA Diary*, 1975. Serafino Romualdi Papers, 1987. Spalding Hobart, “¿Solidaridad ...*Nueva Sociedad*, n° 103, septiembre octubre de 1989. Bozza Juan Alberto, *Trabajo silencioso...* 2009, p. 49 a 75.

²³ Rodó alertaba sobre una peligrosa enfermedad, la *nordomanía*, que asediaba a ciertas clases dirigentes que imitaba la cultura y el estilo de vida norteamericanos (Rodó, 1967: 96).

Manuel Ugarte (1923: 417) habían repudiado el panamericanismo y la Doctrina Monroe como instrumentos de intervención y conquista de los territorios ubicados al sur del Río Bravo. También en los años veinte, José Mariátegui (1969: 25-26) señalaba el ímpetu arrollador con que el capital financiero norteamericano desplazaba al británico en lo que vislumbraba una recolonización de Iberoamérica; mientras que Víctor Haya de la Torre (1936: 35-37) instaba a construir una estrategia política unificadora latinoamericanista contra toda forma de panamericanismo, rostro velado del imperialismo yanqui.

En este poco hospitalario clima cultural, la implantación de las delegaciones nacionales fue anodina e irregular; las asociaciones de Chile, Méjico y Uruguay fueron las más precoces y dinámicas, oficiando inicialmente de cabeceras para la irradiación de su prédica.²⁴ El resto se fundaron en la segunda mitad de la década del cincuenta, entre ellas la representación argentina. La revista *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura (CCLC)* fue el instrumento para incentivar la creación de dichas asociaciones y difundir sus actividades. En su presentación, hizo una convocatoria a los *intelectuales libres* de América Latina, interpellándolos en un contexto internacional acechado por el expansionista *totalitarismo* soviético.²⁵

La tarea del reclutamiento de personalidades y el lanzamiento de las entidades nacionales fue orquestada por el Secretariado Internacional con sede en París. Encomendó la empresa a Julián Gorkin, quien realizó varias giras por distintos países de la región. La primera, en abril de 1953, priorizó la situación de Chile, donde el proselitismo del comunismo en las entidades culturales era vigoroso. El comité local se abocó a dar batalla contra dicha hegemonía, participando y polemizando en dos eventos del mundo de las artes e ideas realizados en Santiago, el Congreso Continental de la Cultura y el Congreso Latinoamericano para las Libertades.²⁶

Gorkin desarrolló una intensa labor. Su itinerario fue pródigo en entrevistas radiofónicas y en periódicos conservadores y panegiristas de Estados Unidos,²⁷ reuniones y ágapes con políticos liberales, republicanos y socialistas; conferencias en instituciones públicas y en universidades, encendiendo fogosas polémicas. Gorkin

²⁴ La sede inicial para el Río de la Plata se instaló en Montevideo.

²⁵ Gorkin, Julián, "Libertad y universalidad de la cultura". En *CCLC I*, marzo-abril de 1953, p. 3.

²⁶ Gorkin se llamaba Julián Gómez. Había nacido en la región de Valencia; tuvo una militancia inicial en el comunismo, para luego pasarse al Partido Obrero de Unificación Marxista, fundado por Andreu Nin.

²⁷ El compromiso de *El Mercurio* con la política anticomunista de los gobiernos de EEUU fue perdurable, al punto de actuar como alianza sediciosa y conspirativa en la preparación del derrocamiento del gobierno de Allende. Según recientes revelaciones, su director Agustín Edwards, recibió cuantiosas sumas de la CIA en la campaña de desprestigio que el matutino azuzó contra el gobierno de la Unidad Popular. Véase la entrevista a Patricia Verdugo en Punto Final (edic. digital), n° 552, 15 de septiembre de 2003.

parecía un experto en provocarlas, especialmente por su dilatada militancia en la izquierda antiestalinista. Además de la oposición de sus enemigos declarados, la atracción de aliados latinoamericanos debía sortear un escollo difícil: lograr que el discurso pro liberal de las asociaciones locales se diferenciase de las derechas reaccionarias e inmovilistas, cuyo anticomunismo rudimentario era el lenguaje brutal de la defensa de ancestrales privilegios de clase y casta.²⁸

El afianzamiento de las asociaciones latinoamericanas representantes del Congreso fue dispar. En los casos de las inserciones más precoces, como Chile, estuvo ligado a los aliados e interlocutores elegidos. Allí resultaron eficaces las redes que los promotores del CLC (Gorkin en primera línea) tejieron con partidos políticos de base popular, antagónicos con el comunismo, o con instituciones y medios de comunicación poderosos, que permitieron sostener y amplificar su prédica. La presencia de intelectuales demócratas cristianos influyentes, como Jaime del Castillo, y la receptividad encontrada en el gravitante diario *El Mercurio* facilitaron la proyección del anticomunismo. Otras figuras consagradas que se incorporaron al Congreso confirieron cierta respetabilidad a la empresa, especialmente cuando se trataba de pensadores cuya celebridad provenía de su actuación en la política, las letras, la educación y el periodismo. Rómulo Gallegos era el novelista autor de *Doña Bárbara*, había sido presidente de Venezuela entre 1947 y 1948; Luis Alberto Sánchez, ex rector de la Universidad de Lima e historiador de las letras latinoamericanas; Américo Castro, historiador español y profesor de la Universidad de Princeton. Otra figura respetada fue Emilio Frugoni, fundador y líder del socialismo en Uruguay y embajador en Moscú. Eduardo Santos había sido presidente de Colombia, entre 1938 y 1942, además de fundador y dueño de *El Tiempo* de Bogotá. Germán Arciniegas se había desempeñado como ministro de Educación de Colombia, era un destacado ensayista y profesor de la Universidad de Columbia. También se sumaron el escritor brasileño Erico Verissimo, y, al filo de la década el filósofo argentino Francisco Romero; el ensayista mejicano Alfonso Reyes y el historiador español Salvador de Madariaga.

A lo largo de la administración Eisenhower creció la actividad de las asociaciones latinoamericanas “defensoras de la libertad”. Las acciones culturales y propagandísticas fueron variadas; entre ellas, el patrocinio de giras de personalidades europeas, la organización de mesas redondas, simposios y congresos, conferencias magistrales,

²⁸ Los artículos del ensayista peruano Luis Alberto Sánchez se preocupaban por efectuar dicha distinción. “El movimiento comunista en América Latina”. En *CCLC VII*, julio-agosto de 1954, p. 87.

entrevistas a juristas destacados, publicación de libros, folletos y boletines, redacción de una carta proponiendo a Alfonso Reyes para el premio Nobel de literatura, etc.

La Asociación Argentina por la Libertad de la Cultura fue creada en Buenos Aires, el 19 de diciembre de 1955.²⁹ Sus propósitos se colocaban bajo la advocación de las tradiciones históricas liberales, encarnadas en la obra de figuras como Moreno, Rivadavia, Echeverría, Sarmiento y Alberdi. Su núcleo fundador estaba integrado por políticos e intelectuales fogueados en la oposición al peronismo gobernante: radicales, intransigentes, demócratas progresistas, liberales laicos y militantes del Partido Socialista. El comité ejecutivo tenía por miembros a Roberto Giusti, Victoria Ocampo, Francisco Romero, Juan Antonio Solari, Guillermo de Torre y el economista Carlos P. Carranza, delegado en nuestro país del Comité Ejecutivo mundial del *CLC*.³⁰

La Asociación realizó varias actividades de difusión cultural y política. En sus locales se realizaron numerosos actos, cursos y conferencias; aunque la publicación de libros y boletines fue la apuesta más duradera de su proselitismo.³¹ Consideraba a estas tareas como parte de un renacimiento cultural que se proponía remontar la prolongada asfixia perpetrada por el peronismo sobre las artes, la prensa, la educación y la investigación. Entre sus fundadores latía la conciencia de que la sociedad argentina había experimentado, dolorosamente y por cerca de una década, los legados “oprobiosos” del “totalitarismo” en su versión peronista. Una de las constantes de su prédica fue que, a diferencia de las otras entidades, el anticomunismo estuvo frecuentemente supeditado, y a veces opacado, por la inextinguible aversión hacia el peronismo, al que concibieron y vivenciaron –algunos de ellos estuvieron encarcelados o exiliados durante el régimen–, como una amenaza “totalitaria” cuyas posibilidades de retorno no habían desaparecido.

²⁹ El acto fundacional del Comité Buenos Aires de la Asociación contó con la presencia de Julián Gorkin. Los doctores Bernardo Houssay y Alfredo Palacios fueron elegidos presidentes honorarios. La inauguración de su sede en la capital se produjo el 3 de octubre de 1956. En 1957 se fundó el Comité Córdoba.

³⁰ Carranza era un economista nacido en 1897. Entre sus libros figuran: *Reforma agraria en América Latina*, (Bs. As., Asociación Argentina por la Libertad de la Cultura, 1961) y el libelo *Intelectual: ¿por qué eres comunista?*, (Bs. As., Asociación Argentina por la Libertad de la Cultura, 1959), en colaboración con Roberto Giusti. Otros fundadores fueron Jorge L. Borges, Agustín Álvarez, José Barreiro, Carlos A. Erro, Vicente Fatone, Américo Ghioldi, Eduardo Mallea, Carlos Muñiz, José L. Romero, Nicolás Repetto, Claudio Sánchez Albornoz, Raúl Soldi, Horacio Thedy, Antonio Zamora, etc. *VV.AA, Biblioteca de la Libertad*, 1958, v. I, pp. 13 y 14.

³¹ La Asociación patrocinó una de las obras más combativas del CLC, el *Libro Blanco de la Revolución húngara*, preparado por Melvin Lasky, con introducción de Salvador de Madariaga, editado por Guillermo Kraft, en 1958. Además editó la colección *Biblioteca de la Libertad*, con obras de Ignacio Silone, André Malraux, Sidney Hook, Nicola Chiaromonte, Thomas Mann, Raymond Aron, entre otros. En esta colección se publicaron “Filosofía y libertad” de Francisco Romero; “Por la libertad de la cultura”, de Roberto Giusti; “Objetivos claros, acción fecunda”, de Juan A. Solari.

Una herramienta para la batalla

Publicada entre 1953 y 1965, la revista bimensual *Cuadernos del Congreso por la Libertad Cultural* fue, como se ha señalado, un instrumento para arraigar las asociaciones latinoamericanas del Congreso.³² Tal como demuestran las evidencias de los primeros años, la publicación no encontró una acogida entusiasta en los círculos intelectuales latinoamericanos, a pesar del tono autocelebratorio con que su primer mentor relataba su lanzamiento. Se publicaba en París, en lengua castellana, para los lectores del nuevo mundo y estaba inspirada en la revista *Preuves*, cuyos artículos reproducía regularmente. En su dirección se destacaron antiguos izquierdistas españoles, devenidos cruzados del anticomunismo (comunistas, trotskistas, anarquistas y socialistas). Su primer director y principal timonel fue el ex trotskista Julián Gorkin. Esta impronta quedó manifiesta por el protagonismo que tuvieron las colaboraciones de los escritores españoles.³³ El maltrato recibido por obra del estalinismo durante la Guerra Civil, garantizaba un anticomunismo perenne y belicoso en las plumas hispanas de la revista. Con absoluta nitidez, el hostigamiento hacia la URSS se contraponía con la exaltación del gobierno de Estados Unidos, a quien asignaban la tutela de la cultura occidental y de las libertades cívicas frente a las acechanzas del *Ogro euroasiático*.

³² Entre las obras que abordaron el estudio de Cuadernos merecen citarse: Marta Ruiz Galvete, (investigadora de la Universidad de Grenoble III). “Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura: anticomunismo y guerra fría en América Latina”. En *El Argonauta Español*, nº 3, 2006, y Olga Glondys, *Reivindicación de la Independencia Intelectual en la primera época de Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura: I (marzo-mayo de 1953) - XXVII (noviembre-diciembre de 1957)*. Director: Dr. Manuel Aznar Soler. Departamento de Filología Española. Universidad Autónoma de Barcelona, 2007.

³³ Además de Gorkin, otros *poumistas*, como Ignacio Iglesias, Joaquín Maurín y Víctor Alba, tuvieron altas responsabilidades en la revista. También se destacaron los socialistas Luis Araquistáin, Carlos de Baraibar y Rodolfo Llopis; en tanto que Luis Mercier Vega provenía del anarquismo y había militado en la CNT, durante la guerra civil. Gorkin dirigió la revista hasta 1963, fecha en que fue reemplazado por el escritor colombiano Germán Arciniegas, el único latinoamericano presente en la sesión fundacional del CLC. Entre las colaboraciones de los intelectuales españoles en el exilio, cabe citar a Ramón J. Sender, María Zambrano, Américo Castro, Francisco Ayala, Claudio Sánchez Albornoz, Jorge Guillén, Juan Ramón Jiménez, entre otros. A ellos se sumaron luego escritores residentes en España, como Vicente Aleixandre, Julián Marías, Aranguren, Tierno Galván, Camilo J. Cela, P. Laín Entralgo. La revista fue cerrada en su número 100, el 25 de marzo de 1965. Las sospechas sobre Gorkin y el gobierno norteamericano fueron convincentes. Santiago Carrillo lo consideraba un individuo siempre ligado a “negocios con la CIA”. *El País*, 30 de enero de 1978. Amigos de Gorkin reconocieron la ligazón con los recursos del espionaje yanqui, aunque trataron de minimizar los efectos del compromiso. “(...) acogimos esa historia sin grandes aspavientos ni problemas de conciencia, reconoció Ignacio Iglesias. Siempre consideré y considero que más que servirse de nosotros, fuimos nosotros los que nos servimos del Congreso. Éste no hizo de nosotros unos anticomunistas, puesto que ya lo éramos”. “Juan Manuel Vera entrevista a Ignacio Iglesias”. En *Revista Trasversales*, nº 1, Madrid, invierno 2005-2006, 8 a 13..

Las proclamas y objetivos de *Cuadernos* suscitaron ácidas controversias en los círculos intelectuales más politizados. Los rechazos más contundentes provenían de los indicios de que el Congreso y la publicación eran financiados por el aparato de inteligencia y espionaje de los Estados Unidos. Las desmentidas de sus patrocinadores, singularmente las de Gorkin, eran ambiguas y contradictorias. Luego de las primeras negaciones, el polémico director acabó reconociendo que los fondos eran aportados por *fundaciones* norteamericanas. Esa peculiaridad fue tempranamente fustigada por los intelectuales comunistas latinoamericanos, que lapidaron a *Cuadernos* y a su diligente director como portadores de políticas –y pletóricas valijas– del Departamento de Estado.³⁴

a) La cruzada liberal contra la Unión Soviética

La revista asumió con fervor militante la misión del *Congreso* para América Latina: impugnar y derrotar al expansionismo comunista en la región, propender al fracaso de sus planes, neutralizar su incidencia entre los intelectuales y crear ámbitos de atracción “democráticos y liberales” para estos grupos. *Cuadernos* impulsó un incansable ataque contra los fundamentos y las realizaciones de la experiencia bolchevique y lo que consideraba su siniestra germinación: un engendro totalitario que sometía al individuo, a la ciencia y a la cultura. Con la misma perspectiva de Hannah Arendt (otra partícipe del CLC), los mentores de *Cuadernos* consideraban como gemelos de una misma familia al comunismo y al nazismo. Algunos señalaban al comunismo como un “hitlerismo” rojo, un sistema que aplastaba y sacrificaba al individuo frente al interés del Estado. Este totalitarismo, afirmaban, no era condicionado por ninguna norma ética; equivalía al imperio del partido único, conducido en forma absoluta por un déspota. Los escritores liberales y socialistas de *Cuadernos* subestimaban los contenidos ideológicos disímiles que separaban a los totalitarismos; la clave que los uniformaba era la forma de organización de las masas, en la que se combinaban técnicas de propaganda, intolerancia y terror.³⁵ Uno de los escritores mas empeñados en identificar al nazismo

³⁴ En 1956, durante su estadía en Méjico, el líder socialista español Indalecio Prieto señaló que el CLC y su revista eran instrumentos indubitables de la política internacional del gobierno norteamericano. En un registro menos amable, el diario comunista chileno *El Siglo* y Pablo Neruda retrataban a Gorkin como “aventurero”, “mercachifle”, “policía internacional” y “mercenario pagado por los millones de la United Fruit y del FBI”. Ruiz Galvete, Marta, “Cuadernos...”, p. 10. Gorkin nunca admitió que las “fundaciones” eran instituciones ligadas a la estrategia diplomática de Estados Unidos y *fachadas* solventadas por la CIA.

³⁵ Luis de Zulueta, “Mis recuerdos del Führer”. En *CCLC*, VII, julio-agosto de 1954, p. 63. Para Araquistáin, comunismo y fascismo eran “dos hermanos siameses políticos de

con la URSS fue el argentino Carlos P. Carranza, quien probaba aquella complicidad en los pactos de cooperación firmados por Ribbentrop y Molotov, en 1939. La demonización de la URSS no tenía límites. Según los “intelectuales libres” de la revista, era el verdadero responsable del comienzo de la Segunda Guerra Mundial; si luego había combatido junto a los aliados, era por la mezquindad y conveniencia experimentadas tras la invasión que sufrió por el Tercer Reich.³⁶ El totalitarismo soviético compartía otra siniestra herencia con el nazismo. Según Ignacio Iglesias, otro antiguo militante trotskista, los campos de trabajo forzado (GULAG) eran la réplica de los campos de concentración nazis; una extensa red que alimentaba a un “capitalismo de estado” basado en una “acumulación primitiva” provista por la represión y la brutalidad sobre disidentes y enemigos del régimen.³⁷ La negación de la naturaleza revolucionaria de la experiencia soviética iba más lejos aún. Para los escritores socialistas de *Cuadernos*, el soviético no era un régimen socialista, la revolución no era proletaria y, menos aún, la dirigencia bolchevique había plasmado un ideario marxista. La de octubre había sido una revolución industrial, “técnica”, constructora de un capitalismo de estado. La industrialización forzosa era responsable de la miseria, hambre y aniquilación de una parte de la población.³⁸ Estas interpretaciones no dudaron en filiar la política soviética expansionista con el régimen de los zares, señalando una continuidad entre la agresiva política de Pedro el Grande y la de Stalin, con sus temibles secuelas: paneslavismo, supremacía rusa, persecución a las minorías étnicas y nacionales. Lapidarios, los escribas socialistas y los ex trotskistas aseguraban que el experimento bolchevique negaba los principios y la doctrina de Marx y Engels. Es interesante observar cómo estos intelectuales utilizaron las críticas proferidos por K.

nuestro tiempo”. Luis Araquistáin, “Donoso Cortés y su resonancia en Europa”. En *CCLC*, III, septiembre-diciembre de 1953, p. 9. Francisco Ayala, “El Escritor en la sociedad de masas”. En *CCLC*, IV, enero-febrero de 1954, p. 37.

³⁶ Carlos P. Carranza, “Frente a la barbarie totalitaria”. En *CCLC*, XI, marzo-abril de 1955, p. 106. Carlos P. Carranza, “Un testimonio más de un antiguo comunista”. En *CCLC*, XII, mayo-junio de 1955, p. 103. Luis Araquistáin, “Catilinaria y apología de Stalin”. En *CCLC*, XX, septiembre-octubre de 1956, p. 48. Luis Araquistáin, “Rusia en el banquillo de los acusados”. En *CCLC*, XXVI, septiembre-octubre de 1957, pp. 47-52. Joaquín Maurín, “Costa Rica y su presidente Figueras”. En *CCLC*, XI, marzo-abril de 1954, p. 84. Historiadores británicos contemporáneos comprometidos con el bando occidental de la guerra fría, como Robert Service y Robert Conquest, abonan las mismas tesis que emparentan comunismo y nazismo (Service, 2000: 227; Conquest, 1968: 221).

³⁷ Iglesias Ignacio, “El universo concentracionario ruso”. En *CCLC*, I, marzo-mayo de 1953, p. 89.

³⁸ Araquistáin, Luis, “Constantes históricas de la diplomacia rusa”. En *CCLC*, XIV, septiembre-octubre de 1955, p. 34. Silote Ignacio e Ignacio Iglesias, “Preguntas y respuestas”. En *CCLC*, VI, mayo-junio de 1954, p. 15. Souvarine Boris, “El octubre soviético: ficciones y realidades”. En *CCLC*, XXVII, noviembre-diciembre de 1957, pp. 18-28. Carlos P. Carranza, “Marx y la Rusia de ayer y de hoy”. En *CCLC*, XXII, enero-febrero de 1957, p. 122.

Kautsky y R. Luxemburgo al bolchevismo. Leninismo y estalinismo eran aberraciones inconciliables con el marxismo.³⁹

b) Contra el neutralismo y pacifismo

Cuadernos fue implacable en su ataque a los intelectuales considerados “compañeros de ruta” del comunismo, fustigando con particular inquina a quienes impulsaban iniciativas pacifistas. En este como en otros temas, la identificación dogmática (rastrera en algunos colaboradores) con los intereses internacionales de los Estados Unidos exhibió las incongruencias de la “independencia de pensamiento” que pregonaban sus columnistas. Consideraba a las iniciativas a favor de la neutralidad, de la distensión y moderación nuclear como ardidés pergeñados por la URSS. Según este argumento, la propaganda por la paz fomentada por el estado soviético buscaba debilitar a Occidente y obtener prestigio político en sectores democráticos de la sociedad. Para *Cuadernos*, el comunismo nunca había sido pacifista, como quedaba manifiesto en las opiniones de Lenin sobre las guerras justas y las injustas, y en el desprecio que proyectaba sobre aquella conducta. Las conferencias por la paz eran manifiestos mendaces que encubrían los recursos armamentísticos atesorados por Moscú para amenazar a Occidente. Esta convicción monolítica e impenetrable ni siquiera tomaba en serio los gestos de distensión unilateral, inaugurados por la política internacional de Nikita Krushev. Para el historiador judío norteamericano Walter Laqueur⁴⁰, a la sazón, un cruzado anticomunista sin fisuras, la “coexistencia pacífica” impulsada por Krushev era una patraña que pretendía erosionar las defensas del mundo occidental. Las nuevas tesis y autocríticas surgidas del XX Congreso del PCUS eran analizadas con los *clichés* automáticos de *Cuadernos*: se trataba de meros artilugios, falsas promesas y chicanas que propendían al desarme moral y material del “mundo libre”.⁴¹

³⁹ En sus ataques a la URSS, se sirvieron de las críticas de teóricos de la izquierda internacional, como el comunista disidente Milovan Djilas y el trotskista ucraniano Boris Souvarine, cuyos artículos fueron publicados. Luis Araquistáin, “Rusia en el...”, 48. J. Gorkin, “La crisis de los intelectuales y el masoquismo comunista”. En *CCLC*, I, marzo-mayo de 1953, 78. Boris Souvarine, “La URSS, potencia colonial”. En *CCLC*, XIV, septiembre-octubre de 1955, 36-43. Carlos P. Carranza, “Marx y la Rusia de ayer y de hoy”. En *CCLC*, XXII, enero-febrero de 1957, 122.

⁴⁰ Redactor de *Soviet Survey*, publicación del anticomunismo académico financiada por el CLC.

⁴¹ Walter Laqueur, “El XX Congreso del PC de la URSS: La condena de Stalin no significa la liquidación del stalinismo”. En *CCLC*, XVIII, mayo-junio de 1956, pp. 104-108. Otro historiador del congreso, el ex comunista alemán Franz Borkenau, postulaba la misma desconfianza. “Aspectos de la sociedad post-stalinista”. En *CCLC*, II, junio-agosto de 1953, p. 29.

Igualmente despreciables eran, según la revista, la defensa del neutralismo y de la autonomía de las naciones en alianzas internacionales equidistantes de las potencias en pugna. Gorkin y Araquistáin las consideraban instrumentos para dividir al “mundo libre” capitalista. En forma explícita y con brutal sinceridad, algunos de estos escritores defendían los temibles arsenales atómicos norteamericanos, anclados en Europa para acordonar al área soviética, y la legitimidad de los gastos destinados a incrementar tal parafernalia bélica.⁴²

Los “intelectuales libres” de *Cuadernos* manifestaron una particular agresividad contra ciertas figuras políticas y culturales que abogaron por el neutralismo y defendieron la construcción de “terceras vías” frente a la polarización mundial. Aneurim Bevan, líder de la izquierda del Partido Laborista británico, fue una de las figuras impugnadas por los colaboradores de la revista.⁴³ Raymond Aron, encumbrado intelectual del *CLC*, desacreditó el proyecto *bevanista*, considerándolo una tentativa estéril que favorecía o apañaba la progresión del comunismo en Asia, África y América Latina. Sus ensayos (también los de Pierre Emmanuel) proclamaban sin tapujos el alineamiento del mundo de la cultura con la estrategia norteamericana en su beligerancia antisoviética. Con párrafos exuberantes de ira y sarcasmo, el sociólogo francés criticó el empeño puesto por los escritores izquierdistas en denunciar a las persecuciones del senador Mc Carthy en Estados Unidos, recriminándoles su silencio frente a la represión desatada por la KGB en Rusia y Europa oriental.⁴⁴ Calificaba a los intelectuales progresistas europeos como agentes manipulables, irresponsables o snobs. Jean Paul Sartre y el grupo reunido en torno a publicaciones como *Esprit*, *Les Temps Modernes* o *L'Observateur*, militantes contra el anticomunismo, fueron objeto del vituperio crónico de *Cuadernos*. Al proclamarse *compañero de ruta* de los comunistas franceses y al ligar la estrategia internacional del movimiento obrero con la URSS, el filósofo existencialista se ganó todo el desprecio de los “intelectuales libres”, que lo acusaron de ingenuo, utópico y delirante.⁴⁵ Una embestida feroz contra Sartre y su linaje

⁴² Julián Gorkin, “La experiencia...”, p. 88 y “La unidad europea y la coexistencia”. En *CCLC*, X, enero-febrero de 1955, pp. 85-89. L. Araquistáin, “Constantes...”, p. 3 y 27. J. Gorkin, “La crisis...”, pp. 79-80. Fernando Valera, “Hacia una nueva democracia eminentemente liberal”. En *CCLC*, XII, mayo-junio de 1955, p. 75.

⁴³ Bevan fue Ministro de Salud y de Trabajo durante el gobierno de C. Atlee, entre 1945 y 1951, y constructor del *Welfare State* y de la socialización de la medicina en Gran Bretaña.

⁴⁴ Raymond Aron, “Naciones e ideologías”. En *CCLC*, XI, marzo-abril de 1955, pp. 10-20. Pierre Emmanuel, “La doble ilusión del progresista”. En *CCLC*, XXIII, marzo-abril de 1957, pp. 59-64.

⁴⁵ Sartre hizo pública su opinión en un célebre artículo titulado “Los comunistas y la paz”, cuya primera parte su publicó en *Les Temps Modernes*, en julio de 1952.

intelectual realizó Aron en *Opium des intellectuels*. Allí los retrataba como sofistas incoherentes y mendaces, dispuestos a desnudar los defectos de las democracias burguesas de Occidente e indulgentes frente a los crímenes perpetrados tras el *telón de acero*.⁴⁶

c) Los imperativos éticos del intelectual latinoamericano

Carlos P. Carranza desarrolló la misma línea argumental de Aron, aunque con una conceptualización más ramplona. Trazó una imagen caricaturesca de los intelectuales filocomunistas latinoamericanos, un retrato que parecía el fruto de resentimientos y prejuicios conservadores.⁴⁷ Asimilaba el comunismo a una religión intolerante que maleaba la razón de quienes sucumbían a su influencia. Describía a los intelectuales latinoamericanos de izquierda como especímenes frívolos, insolventes e irresponsables. Habían adherido al comunismo sin conocer ni comprender sus bases teóricas. Vivían alienados de la realidad, elaboraban visiones quiméricas de la sociedad y transmitían una imagen falsa y edulcorada del régimen soviético. Según Carranza, solo una minoría sincera había recuperado su dignidad al abjurar de su deleznable obstinación.⁴⁸ El auténtico compromiso de los intelectuales debía identificarse con otros modelos éticos.

Como contrapartida del rechazo a la estirpe del intelectual filo comunista, *Cuadernos* exaltaba las tradiciones encarnadas en los liberales españoles y latinoamericanos de los siglos XIX y XX. La verdadera identidad iberoamericana provenía de aquella conjunción de valores. Las abundantes reseñas y ensayos biográficos sobre estas figuras (Unamuno, Juan R. Jiménez, Valera, Machado, Ortega, Krause, Salvador de Madariaga, etc.), reivindicaban la conducta de intelectuales progresistas, comprometidos con las causas democráticas y republicanas, que debían servir de arquetipos morales y políticos para los pensadores contemporáneos.

⁴⁶ Raymond Aron, “Los intelectuales franceses y la utopía”. En *CCLC*, XIII, julio-agosto de 1955, pp. 13-15. Ignacio Iglesias, “*L’Opium des Intellectuelles* de Raymond Aron”. En *CCLC*, XV, noviembre-diciembre de 1955, p. 107.

⁴⁷ Carranza fue el representante de la asociación argentina en el CLC. Su panfleto (en colaboración con Roberto Giusti) *Intelectual: ¿por qué eres comunista?* (Bs. As, Asociación Argentina por la Libertad de la Cultura, 1959), exhibía el estilo de un catálogo recriminador de conductas descarriadas.

⁴⁸ Carlos P. Carranza, “Frente a la barbarie totalitaria”. En *CCLC*, XI, marzo-abril de 1955, pp. 105-106. Del mismo autor “Un testimonio más de un antiguo comunista”. En *CCLC*, XII, mayo-junio de 1955, p. 103. La desvalorización realizada por Carranza del intelectual de izquierda como “alienado” y “ajeno a la realidad” fue, sintomáticamente, parecida a la blandieron durante esos mismos años escritores de los nacionalismos derechistas, populistas y peronistas (R. Doll, A. Jauretche, J.M. Rosa, Hernández Arregui); referenciados en las antípodas “totalitarias” de los columnistas de *Cuadernos*.

La reivindicación de ese modelo de intelectual y de artista tenía su correlato en la discusión sobre los fines estéticos y políticos que, según el CLC y *Cuadernos*, debían prevalecer en la obra de arte y en las manifestaciones más elevadas de la cultura. Se trataba de fines antagónicos, irreconciliables. Unos se encarnaban en las producciones artísticas de Occidente. Los otros eran el producto de los dogmas y restricciones imperantes en los regímenes totalitarios. En este territorio controversial, las instituciones occidentales impulsaron las orientaciones y estéticas “universalizantes” para contrarrestar el influjo de las izquierdas y los nacionalismos revolucionarios en el campo de las artes y las letras. La proclama en defensa de la “libertad” y de lo “universal” en la obra de arte se postulaba, al decir de Jean Franco, como una dimensión superadora del “compromiso revolucionario” que defendían artistas e intelectuales de izquierda y, más aún, de los rígidos cánones del “realismo socialista” defendido por la URSS.⁴⁹

La crítica de *Cuadernos* apuntó sin misericordia a contrincantes que, según su sensibilidad, ejercían un pernicioso influjo sobre la cultura iberoamericana. Pablo Neruda fue el más detestado por el prestigio y proyección de su obra, y por sus ataques al CLC, al que retrataba como criatura del espionaje norteamericano. La campaña contra Neruda devino obstinación cuando, en 1963, se lo mencionaba como candidato al Premio Nobel. Gorkin le dedicó párrafos descalificatorios; lo acusaba de regodearse con su “autoendiosamiento”, de encubrir y justificar los crímenes de Stalin y de “*bonzo político e intelectual*” rentado por el Kremlin⁵⁰. Neruda, por su parte, no escatimó epítetos para retratar la viscosa conducta del director valenciano. “Aventurero”, enganchador de la “Legión Extranjera del anticomunismo”; traidor a la España Republicana y “soplón” de los servicios de inteligencia norteamericanos fueron algunas de las poéticas descripciones dirigidas a Gorkin.⁵¹

⁴⁹ Franco, Jean, *Decadencia y caída*, 2003, pp. 101 y ss..

⁵⁰ Otros intelectuales detestados por *Cuadernos* fueron Nicolás Guillén, Jorge Amado y David A. Siqueiros. Neruda se llevó los rencores más duraderos. Jaime Castillo, “El Congreso Continental de Santiago”. En *CCLC*, II, junio-agosto de 1953, 84-87. J. Gorkin, “La experiencia...”, p. 90. F. S. Saunders, *La CIA...* p. 487. J. Gorkin, “Los 50 años de Pablo Neruda”. En *CCLC*, IX, noviembre-diciembre de 1954, p. 79.

⁵¹ Pablo Neruda, “¡Fuera de la Universidad el Gorkin!”. En *El Siglo*, Santiago de Chile, 31 de marzo de 1958. El mismo diario lo calificaba de “gordito mercachifle, de ideologías tomadas en préstamo por su absoluta y depravada mediocridad”; de “canalla de aquéllos que de lejos lo parecen y de cerca no permiten dudas”. Citado por Olga Glondys, *Reivindicación de la Independencia*, p. 89.

d) Incómodas omisiones

Contrastados con la historia política reciente de Latinoamérica, los alegatos *antitotalitarios* de los “intelectuales libres” fueron vulnerables a la crítica de adversarios y detractores. El predominio de dictaduras totalitarias apañadas por Estados Unidos, requería pronunciamientos claros y contundentes de instituciones que se decían consubstanciadas con el liberalismo y la democracia. En esta cuestión, los argumentos de *Cuadernos* fueron elusivos, incoherentes y artificiosos. Si bien mencionaba como regímenes totalitarios de occidente al franquismo y al peronismo, retrataba al resto de las tiranías vernáculas como “caudillismos” o “dictaduras militaristas”, diferenciándolas de la ominosa categoría con la que se incriminaba al comunismo. Frente a esta cuestión, la independencia de pensamiento y los principios liberales defendidos por los pensadores de *Cuadernos* se desnudaron como una retórica inconsistente.⁵²

La reputación de los “*intelectuales libres*” fue mellada, también, por ciertas decisiones espurias de la política internacional del gobierno de Estados Unidos. En 1953, por caso, bebieron una pócima avinagrada de la realidad. Ese año se firmaron los tratados de cooperación y mutuo apoyo entre el gobierno de Eisenhower y la dictadura *totalitaria* de Franco.⁵³ Para la sensibilidad liberal (ni qué decir para los exiliados españoles), el episodio era, cuanto menos, decepcionante. Sin embargo, *Cuadernos* no asumió la responsabilidad de plantear con sinceridad las contradicciones e interrogantes implícitos en semejante acuerdo. Por ejemplo: ¿hasta dónde llegaban los compromisos de la cruzada democrática y liberal de los Estados Unidos contra las dictaduras? ¿Se había extinguido la mácula *totalitaria* del franquismo bajo la brisa promisoriosa de la autorización por parte de *El Caudillo* de las bases militares norteamericanas en La Rota y Torrejón? La reflexión intelectual de *Cuadernos* fue parca (o mezquina) a la hora de enfrentar las implicancias políticas y éticas de este acontecimiento. Era evidente que la agitación y el clamor antitotalitario se dirigían, medularmente, contra el comunismo y el estado soviético; la más abyecta fuerza de expansión militarista emanada de su concepción de la lucha de clases en escala internacional, según la sentencia del ex comunista peruano Eudocio Ravines⁵⁴.

⁵² “Que la vocación antitotalitaria de Cuadernos sirvió a los intereses norteamericanos en el marco de la guerra fría es un hecho incontestable que no admite discusión”. Galvete, Marta, *Cuadernos...*, p. 4.

⁵³ Los convenios hispano norteamericanos se firmaron el 26 de septiembre de 1953. Estados Unidos liberaba varios millones de dólares en ayuda económica, técnica y militar a las FFAA españolas, a cambio de la instalación de bases aéreas y navales.

⁵⁴ Eudocio Ravines. CCLC, VI, mayo-junio de 1954, p. 63. Hacia 1927, Ravines se acercó al círculo de Mariátegui. Como militante comunista, viajó a España durante la guerra civil. En los años de posguerra

Cuadernos (especialmente los redactores *renegados* del comunismo), arremetió contra otras convicciones de los intelectuales de izquierda latinoamericanos. Se propuso contrarrestar el influjo de las tesis antiimperialistas contra la política exterior de Estados Unidos. Con la cadencia de un sermón monocromático, recomendaba desistir de tales actitudes porque eran aprovechados por el expansionismo de la URSS.⁵⁵ Sin embargo, los redactores no “contaminados” con un pasado *rojo*, insinuaron en ocasiones una fina crítica al apoyo yanqui a las dictaduras latinoamericanas. Rómulo Betancourt, entre ellos, expresó su disidencia con el patrocinio de Estados Unidos a la Conferencia de la OEA, celebrada en Caracas, en 1954, bajo la dictadura de Pérez Jiménez.⁵⁶

El apoyo norteamericano a las dictaduras era un atributo sombrío de la administración Eisenhower. Los escritores liberales de *Cuadernos* (Arciniegas, Santos, Gallegos, Sánchez, etc.) no se sentían cómodos con dicha realidad, pero morigeraban el acento de su desencanto. En tono medido, sugerían al gobierno norteamericano arbitrar medidas de cooperación económica con Latinoamérica y comprometerse más efectivamente con el imperio de la democracia en el interior de dichas repúblicas. De lo contrario, sostenían, las experiencias de gobiernos reformistas y progresistas podían chocar contra las estructuras conservadoras solventadas por la política yanqui y abrir un peligroso escenario de radicalización, factible de ser utilizado por los comunistas.

Al finalizar la década del cincuenta, cuando eran evidentes los signos de oposición y malestar contra el rudo intervencionismo norteamericano, algunos escritores marcaron discretas notas de disconformismo por la falta de un mayor compromiso de los Estados Unidos con la cooperación económica con los países de la región, con el distanciamientos de las experiencias militaristas totalitarias que había prohijado y con el afianzamiento de los regimenes democráticos en épocas de gran inestabilidad. El colombiano Eduardo Santos predicaba la aplicación de un nuevo Plan Marshall para

abrazo un furibundo anticomunismo, denunciando la injerencia del marxismo en la política peruana. Su libro, *La gran estafa. La injerencia del Kremlin en Iberoamérica*, (Méjico, 1952), fue considerado como “un artefacto de la guerra fría”. Magdalena Chocano “La memoria tráfuga. Mediaciones estéticas y guerra fría en el testimonio de Eudocio Ravines”. En Hueso Húmero, n° 52, Lima, agosto de 2008. Una investigación del New York Times, del 27 de diciembre de 1977, p. 37, sobre los vínculos de la CIA con los medios de comunicación señala a Ravines en la nómina de sus contactos en América Latina.

⁵⁵ Según Gorkin, el antiimperialismo de los intelectuales contra Estados Unidos era una actitud perniciosa atizada por Moscú, “*el imperialismo más brutal y rapaz de todos los tiempos*”. Citado por Galvete, Marta, *Cuadernos...*, p. 18. Otro dato significativo del mutismo y las omisiones de los “intelectuales libres”. Fueron inexistentes o extremadamente escasos los pronunciamientos y críticas” sobre los conflictos interiores de la sociedad norteamericana que se procesaban en esos años, como las redadas maccarthistas y las políticas de discriminación racial contra los negros.

⁵⁶ Betancourt, Rómulo, “*La Conferencia de Caracas: hora crítica del panamericanismo*”, CCLC, VII, julio agosto de 1954, p. 65.

socorrer a las repúblicas iberoamericanas y sostener, así, un interamericanismo más equilibrado entre las partes. “Interamericanismo sin imperio”, era el grito de esperanza para que se reabriera una nueva etapa de la diplomacia de la “buena vecindad”, a imitación de la patrocinada por Franklin D. Roosevelt. A la luz de la evidencia global, este tipo razonamiento fue expresado por voces débiles y aisladas.⁵⁷

Esas tibias argumentaciones fracasaron estrepitosamente ante un episodio que demostró la rigidez reaccionaria de la política latinoamericana de Eisenhower y John Foster Dulles: la organización, a través de la CIA, la *United Fruit* y de mercenarios locales, del golpe de Estado contra el gobierno de Arbenz, en Guatemala, el 27 de junio de 1954. Perpetrado el derrocamiento, los alegatos de *Cuadernos* a favor de las libertades democráticas en América Latina resonaron groseramente insinceros. La tortuosa interpretación de Gorkin coincidía con la rancia propaganda puesta en circulación por la CIA: el golpe militar de Castillo Armas era un acto legítimo y preventivo, en defensa de la libertad que podía ser subvertida por la infiltración del comunismo. El régimen de Arbenz, alertaba el ex *poumista*, encaminaba a Guatemala a convertirse en un foco similar a Corea e Indochina. Aunque la evidencia demostraba que Arbenz no era comunista y que ese partido era un grupo minoritario, Gorkin alegaba que se trataba de una organización muy disciplinada que podía devenir en varias “bombas explosivas” en el país. Los comunistas, sostenía, preferían ocultarse tras un dócil personero de fachada (Arbenz) para disponer del control de los verdaderos aparatos del poder. Gorkin “se sorprendía” por la acción “violenta” y el rechazo “unánime” al golpe por parte de los partidarios de Arbenz. La “explicación” que ofrecía sobre la resistencia popular provenía del arcón de la tumefacta cultura maccarthista: la propaganda comunista había tenido efecto y capturado a las conciencias democráticas de la pequeña nación.⁵⁸

⁵⁷ Sánchez, Luis Alberto, “El movimiento comunista en América Latina”, *Cuadernos*, n.º 7, julio-agosto 1954, p. 87.

⁵⁸ Asemejaba el rol de Arbenz con el de Negrín en la España republicana, un instrumento, según Gorkin, de los comunistas. Gorkin, Julián, “La experiencia de Guatemala. Una política de libertad en América Latina”, *CCLC*, IX, noviembre diciembre de 1954, pp. 91 a 93. Otro ex trotskista descalificaba a Arbenz como un “pelele” teledirigido por el Kremlin, que había construido una primera “cabeza de puente” en el continente americano. Maurin, Joaquín, “Costa Rica y su presidente Figueres”, *CCLC* XI, abril mayo de 1955, p. 83.

Conclusión

Ilusiones y desventuras de la revista de occidente

Creada y sufragada por instituciones comprometidas con la hegemonía mundial de Estados Unidos, *Cuadernos* fue una tribuna de confrontación política y cultural contra el compromiso comunista de varios intelectuales latinoamericanos en los años más tensos de la guerra fría. Si bien proclamó su militancia en pro de la libertad e independencia de pensamiento, su trayectoria reveló, en las líneas fundamentales de sus proyectos y pronunciamientos, una adscripción dogmática e inflexible con la potencia que obraba como mentora y mecenas. Los atisbos de cierta crítica a la prepotencia norteamericana en la región fueron escauceos tímidos e inconsecuentes, sepultados por la tónica general de su discurso beligerante. Algunos intentaron justificar su alineamiento y solidaridad con Estados Unidos como parte de un compromiso político referenciado con el progresismo o con la refundación de una *izquierda democrática*. Varios “pensadores de la libertad” provenían de partidos socialistas y de una militancia trotskista que, quizás, no terminaron de abandonar; otros tantos eran ex comunistas decepcionados, resentidos o víctimas de las persecuciones y del desprecio del movimiento al que habían pertenecido. Es probable que los sentimientos anti estalinistas enancaran a varios intelectuales en un carrusel irrefrenable que acabó desnaturalizando sus convicciones originarias. El visceral rechazo al autoritarismo perpetrado sobre la cultura y el individuo en la URSS, el repudio al despotismo impuesto sobre su población y la de sus satélites, fueron razones que contribuyeron a que buscaran y hallaran en la revista un espacio de controversia de ideas y de *ajuste de cuentas*. El precio pagado por el intento de construcción de una izquierda anticomunista pareció demasiado elevado y sus resultados en el corto plazo parecieron estériles. Los límites para este espacio se habían angostado drásticamente en la rígida polarización de la guerra fría. Asumir la defensa internacional de la hegemonía *política, cultural y militar* de Estados Unidos (numen y garante de la idea de Occidente), como horizonte ético del compromiso de los intelectuales resultó una apuesta que, en un continente agraviado por intervenciones de aquella potencia, cosechó sospechas, críticas y un desprecio duradero. La obsesión por mantener oculta la fuente de financiamiento (y las respuestas inconsistentes a la hora de la revelación del *gran secreto*) alimentaron el descrédito sobre la honestidad y sinceridad de esta cruzada por las ideas. Clamar contra el fantasmagórico imperialismo soviético en América Latina y callar o justificar las

agresiones concretas de Estados Unidos sobre varios gobiernos de la región melló la credibilidad y las convicciones morales de los “pensadores libres”.

Además de las razones políticas y éticas del rechazo hacia la empresa cultural, existían también motivaciones engendradas por las temáticas, estéticas y figuras literarias que *Cuadernos* colocaba en el lugar preferencial de sus intereses. El predominio de cuestiones más hispanizantes que latinoamericanistas pudo haber sido un motivo adicional del escaso entusiasmo despertado en los intelectuales de la región. Sin embargo, creemos que esta aserción debe ser relativizada. En efecto, en enero de 1963, asumió la dirección de la revista el escritor colombiano Germán Arciniegas, quien imprimió un cambio de rumbo en esta temática, promoviendo sustancialmente un espacio de reflexión, *promoción y difusión de autores, temáticas y estéticas latinoamericanas*. Los nuevos aires no remontaron el clima de escasa receptividad que acompañó a *Cuadernos* hasta el final de su agonía.

El derrotero abierto por la Revolución Cubana terminó por descolocar a los intelectuales de *Cuadernos*, especialmente a los sedicentes izquierdistas. Si bien en un comienzo recibieron con simpatía el derrocamiento de la dictadura de Batista en 1959,⁵⁹ las ilusiones tuvieron corto vuelo. La radicalización de la Revolución demostraba la posibilidad de que el comunismo hallara un terreno propicio en las estructuras atrasadas e inequitativas de América Latina. También auguraba una perspectiva descorazonadora para la siembra de *Cuadernos* en el campo cultural: el reverdecer de las simpatías radicalizadas entre los intelectuales latinoamericanos había encontrado en Cuba un horizonte de esperanzas y entusiasmo. El *compromiso* ético y político,⁶⁰ las nuevas intervenciones de las vanguardias literarias y artísticas y la producción de un conocimiento crítico en las ciencias sociales, hallaron en aquel *huracán sobre el azúcar*⁶¹ un signo vital que legitimó su rol en las décadas siguientes. Frente a tales desafíos, la prédica de la revista resultaba agotada y vetusta para unos; para otros, sencillamente execrable.⁶² Nuevos proyectos impulsaría el Congreso por la Libertad Cultural (y su aliada la Fundación Ford), para afrontar el desafío de la *cubanización* de los intelectuales. Los mismos tendrían que demostrar una actitud más moderna y sofisticada, liberada del lastre maccarthista que todavía inficionaba a *Cuadernos*. Hacia

⁵⁹ “El Congreso por la Libertad de la Cultura y la Revolución cubana”, En CCLC, XXXV, suplemento, marzo-abril de 1959.

⁶⁰ Sobre la cuestión del “compromiso” del intelectual latinoamericano, véase: Gilman, Claudia, 2001, pp. 55 y ss.

⁶¹ Título del libro de Jean Paul Sartre (1960), en el que recopiló varios reportajes en la isla revolucionaria.

⁶² Mudrovic, María E., 1997, p. 22.

1965, la estrategia anticomunista de los “intelectuales libres” pareció hallar un instrumento más eficaz y refinado.⁶³

Bibliografía

- ARON, Raymond, *El opio de los intelectuales*, Leviatán, Buenos Aires, 1957.
- BONEAU, Denis, “Cuando la CIA financiaba a los intelectuales europeos”, *Voltairenet.org.*, 22 de julio de 2005.
- BORÖN, Atilio, “La pregunta de Rousseau”, *Página 12*, 8 de julio de 1990
- BOZZA, Juan Alberto, “Trabajo silencioso. Agencias anticomunistas en el sindicalismo latinoamericano durante la Guerra Fría”. *Conflicto Social*, Revista del Programa de Investigaciones sobre Conflicto Social. Instituto de Investigaciones Gino Germani - Facultad de Ciencias Sociales-UBA. Año 2, nº 2, diciembre de 2009.
- CARRANZA, Carlos P., *Intelectual: ¿por qué eres comunista?*, Asociación Argentina por la Libertad de la Cultura, Buenos Aires, 1959.
- CHOCANO, Magdalena, “La memoria tráfuga. Mediaciones estéticas y guerra fría en el testimonio de Eudocio Ravines”, *Hueso Húmero*, nº 52, Lima, agosto de 2008.
- COLEMAN, Peter, *The Liberal Conspiracy. The Congress for Cultural Freedom and the struggle for the mind of post-war Europe*, A Free Press, New York, 1989.
- CONQUEST, Robert, *The Great Terror. Stalin's Purge in the Thirty*, Hartford Press, London, 1968.
- Cuadernos del Congreso por la Libertad Cultural*. Números I a XXXVIII (1953/1963).
- ELIOT, Marc, *Walt Disney. A Hollywood's Dark Prince. A Biographie*, New Jersey, Carol Pub. Group, 1993.
- Entrevista a Patricia Verdugo, *Punto Final*, nº 552, Santiago de Chile, 15 de septiembre de 2003.
- Entrevista a Santiago Carrillo en *El País*, 30 de enero de 1978.
- FRANCO, Jean, *Decadencia y caída de la ciudad letrada*, Madrid, Debate, 2003.
- GILMAN, Claudia, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2003.
- GLONDYS, Olga, *Reivindicación de la Independencia Intelectual en la primera época de Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura: I (marzo-mayo de 1953)-XXVII (noviembre-diciembre de 1957)*. Tesis doctoral, Director: Dr. Manuel Aznar Soler. Departamento de Filología Española. Universidad Autónoma de Barcelona, 2007.
- GREMION, Pierre, *Intelligence de l'anticommunisme. Le Congrès pour la liberté de la culture à Paris (1950-1975)*, Fayard, París, 1995.
- GREMION, Pierre, “Berlín 1950. Aux origines du Congrès pour la Liberté de la Culture”, *Commentaire*, nº9, París, verano de 1986.
- HAYA DE LA TORRE, Víctor Raúl, *El antiimperialismo y el Apra*, Ercilla, Santiago de Chile, 1936, 2ª edición.
- HOOK, Sidney, *Heresy Yes, Conspiracy No*, American Committee for Cultural Freedom, New York, 1950.

⁶³ Ese año, el CLC lanzó la revista *Mundo Nuevo* para América Latina, dirigida por el prestigioso crítico uruguayo Emir Rodríguez Monegal.

INGENIEROS, José, “La deslealtad del panamericanismo”, citado por *Cuadernos Americanos*, Hispanoamérica en lucha por su independencia, Cuadernos Americanos, México, Vol. XV, 1962.

“Juan Manuel Vera entrevista a Ignacio Iglesias”, *Revista Transversales*, nº 1, Madrid, invierno 2005-2006.

MARIATEGUI, José Carlos, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Empresa Editora Amauta, Lima, 16ª edición, 1969.

MARTI, José, *Obras Completas*, T. 1, Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1963.

MUDROVICIC, María E., *Mundo Nuevo. Cultura y Guerra Fría en la década del 60*, Beatriz Viterbo, Rosario, 1997.

RAMA, Ángel, *La ciudad letrada*, Instituto Internacional Ángel Rama, Montevideo, 1984.

ROMUALDI, Serafino, *Serafino Romualdi Papers, 1936-1967*, Kheel Center for Labor-Management Documentation and Archives, Cornell University Library, 1987.

RODO, José E., *Ariel*, Editora Nacional, México, 1967.

RUIZ GALVETE, Marta, “*Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura: anticomunismo y guerra fría en América Latina*”, *El Argonauta Español*, nº 3, Madrid, 2006, <http://argonauta.imageson.org/document75.html>, 2006

SARTRE, Jean Paul, “Los comunistas y la paz”, *Les Temps Modernes*, julio de 1952.

SCOTT SMITH, Giles, *The Politics of Apolitical Culture*, Routledge, Londres, 2002.

SELSER, Gregorio, *CIA, de Dulles a Raborn*, Ediciones de Política Americana, Buenos Aires, 1967.

SERVICE, Robert, *Historia de Rusia en el siglo XX*, Crítica, Barcelona, 2000.

STONOR SAUNDERS, Frances, *La CIA y la guerra fría cultural*, Debate, Madrid, 2003.

STONOR SAUNDERS, Frances, “*Todos saben qué es la CIA*”, *La Jiribilla*, nº 101, La Habana, Cuba, abril de 2003.

UGARTE, Manuel, *El destino de un continente*, Mundo Latino, Madrid, 1923.

VV.AA, Biblioteca de la Libertad, *Asociación Argentina por la Libertad de la Cultura*, 1958, Buenos Aires, v. I.

WILFORD, Hugh, *The CIA, the British left and the Cold War: calling the tune?*, F. Cass, London, 2003.